



Este periódico tiene la honra de contar como suscritores á S. M. la Reina, S. M. la Reina
Doña Maria Cristina y S. S. AA. RR. los S. S. Infantes
D. Francisco de Paula y D. Sebastian.

AÑO 2.

EPOCA 2.^a

NÚM. 20.

PRECIOS DE SUSCRICION.

En VALENCIA: Un mes, ó sean cuatro números, 6 rs.
Tres meses 18 rs.—Seis meses 54 rs.—Un
año 66 rs.

ADMINISTRACION:

Plaza de San Jorge, imprenta de José Rius.

Se publica todos los domingos.

Valencia 18 Diciembre 1864.

PRECIOS DE SUSCRICION.

En PROVINCIAS: Tres meses 24 rs.—Seis meses
42 rs.—Un año 80 rs.—Estrangero y Ultra-
mar un año 120 rs.

SUMARIO.

Revista de la semana, por D. Gerónimo Flo-
res.—El alcalde de Zalamea, por D. Teodoro
Llorente.—La catarata del Niágara.—El arte, por
D. Angelino Esteller.—Dominio de la virtud,
(poesía) por Doña Rogelia Leon.—La hija del co-
ronel Despard: Novela original, por D. Alejandro
Buchaca y Freire, (conclusion).—Bibliografía.—
Máximas morales.—Nota importante á los sus-
critores.

Láminas. La catarata del Niágara.—Re-
tratos de una de las principales familias de
Makao.

REVISTA DE LA SEMANA.



Una semana mas.
Esto es lo posi-
tivo.
De la cadena de
nuestra vida se
ha desprendido
otro eslabon.
En el camino
de nuestra existencia hemos dejado atrás ocho
dias y dentro de poco podremos decir un año.

La arena del reló del tiempo sigue in-
flexible precipitándose á nuestra vista.

Una semana ha pasado y con ella cuántos
acontecimientos han tenido lugar en la gran
escena del mundo: En ese teatro ambulante
de la sociedad en donde se representan pocas
veces hechos de la naturaleza de los que hoy
nos ocupamos.

Durante la semana hemos tenido la satis-
faccion de ver reproducirse de una manera
digna los actos de caridad en favor de los des-
graciados de nuestra Rihera.

En todas las provincias de España se es-
cojitan medios de reunir los fondos necesarios
para atender á tantas calamidades como han
tenido lugar en nuestra provincia, y en Ali-
cante y Murcia los principales jóvenes de ambos
sexos han improvisado funciones dramáticas que
han tenido un éxito brillante y un resultado
muy favorable para los que hoy se ven en la
misericordia mas espantosa.

En el primer punto han tomado parte las
señoritas Doña Josefina Cortés, Doña Dolores
Pascual y Doña Remedios Agulló, y los se-
ñores D. José Bas, D. Luis Bonanza, Don
Domingo Moreno, D. Manuel Ortega, Don
Adolfo Merelles y D. Agustin Ledesma. Las
piezas elegidas eran: *Por no explicarse*, *El
amor y el almuerzo*, *La mosquita muerta* y
Un caballero particular.

Sentimos no poder dar detalles á nuestros
lectores, pero sabemos que la heroína de la
funcion fue la bellísima y elegante señorita

de Cortés, tan querida de la buena sociedad
valenciana.

Se engrandece el alma al ver que en me-
dio de este siglo descreído hay una gran uni-
dad de sentimientos caritativos, de esos ver-
daderos sentimientos que tienen por templo el
corazon de los españoles. Valencia, siempre la
primera en socorrer las desgracias, vé con
entusiasmo el proceder de cuantos se han aso-
ciado para entregar sus donativos en favor de
los labradores de la Ribera, pudiendo de hoy
mas, grabar en su noble escudo el lema de
Caridad y agradecimiento.

El Gobierno de S. M., solícito siempre en
favor de los desgraciados, ha tomado cuantas
medidas ha creído oportunas para aliviar la
suerte de los desgraciados, haciendo completa
abstraccion de las cuantiosas pérdidas que
ha causado al Erario los desastres ocurridos
no solo con la inundacion sino tambien con el
terrible incendio ocurrido en la fábrica de
tabacos de Madrid.

Aun se encuentran hacinados sus ennegre-
cidos escombros, cuando la imperiosa nece-
sidad de las circunstancias obliga á nuestros
Reyes y á nuestros gobernantes á presen-
ciar la inauguracion de la esposicion de bellas
artes.

Esta ha tenido lugar el martes 13, en el
local levantado espresamente para este objeto
en el solar que se llama de las Vallecas, sito
en la calle de Alcalá.

Antes de detallar la solemne ceremonia

de inauguración que S. M. se ha dignado presidir, para contribuir con su soberana presencia al mayor realce de nuestras glorias artísticas nacionales, nos vamos á permitir hacer una reseña breve pero exacta, de la distribución del local y de la colocación de las obras expuestas, á fin de que nuestros lectores puedan apreciar mejor el acto que después reseñaremos. Ya se ha dado diferentes veces alguna idea del local y de las obras, pero ha sido demasiado ligera ó incompleta, y por lo tanto, consideramos necesaria una mas extensa reseña.

Además del gran zaguán que sigue á la portada y que dá paso á las dos puertas de entrada y de salida, hay diez piezas destinadas á la exposición, de las cuales hay tres en el centro que concluye cada una en una hornacina ó medio punto sostenido por pilares. En el zaguán está la puerta de entrada en el frente y dá paso á la primera sala que es la destinada á las obras de arquitectura. Entre estas se señala un proyecto de palacio para exposición de bellas artes, cuadro que tiene el núm. 499 y que está hecho por D. Luis Cabello y Asso, arquitecto premiado en otras exposiciones. También se admira en esta sala un bonito proyecto de edificio para biblioteca y museo nacional, cuyo autor es D. Francisco Enriquez Ferrer; el de una iglesia, que lleva el núm. 512, del Sr. Ortiz y Villajo, autor del proyecto premiado en concurso para la construcción de la iglesia y hospital del Buen Suceso, y otros cuyos autores no recordamos.

En este salón hay una puerta que dá entrada á las dos salas del extremo derecho del edificio, y que son las destinadas para las obras de escultura. En estas dos salas hay obras de gran mérito: hay una estatua del Sr. Figueras, que representa el grito de la Independencia; otra del Sr. Vallmitjana, que representa á Adán; una estatua del Dante, de D. Gerónimo Luñol, y la tercera tentación de Jesús, del mismo autor; varias estatuas y grupos del Sr. Vilches; una Eva del Sr. Martín; un grupo que representa á Aquiles y Pentésiléa, del Sr. Bellver, y otras muchas obras, cuyos autores no tenemos ahora en la memoria.

Después de la última de estas dos salas empieza también por la estremidad de la derecha la primera de las siete destinadas á las obras de pintura. En esta primera figuran el cuadro del Sr. Casado que representa La rendición de Bailén; el del Sr. Valdivieso que representa El Descendimiento, la Verónica del Sr. Vera, el Llanto de los huérfanos del Señor Hispaleto, unos buenos países del Señor Rico, el Cura de la aldea del Sr. Agrasó, y otros.

En la sala segunda de pintura que es la primera del centro, está el cuadro que representa el Desembarco de los puritanos en América, pintado por el Sr. Gisbert; el del Entierro de Cristo del Sr. German, un magnífico retrato de cuerpo entero pintado por D. Carlos Esquivel, la Educación de los hijos de los reyes católicos del Sr. Lorenzo, países del Sr. Gonzalvo y otros.

De esta sala se pasa á la tercera de pintura, que es la principal, y del centro la que tiene en medio la hornacina mayor. En esta sala están un cuadro del Sr. Manzano, que representa al cardenal Cisneros en el acto de enseñar sus poderes á los nobles; otro, que es un entierro en la iglesia de Cerverá, del Sr. Mercadé; un cuadro que representa á Antonio Pérez saliendo de la prisión, del Señor Ferrán; un episodio de la batalla de los Castillejos; un retrato pintado por el Sr. Llanos, y otros cuyos autores no hemos podido conservar en la memoria.

La sala cuarta de pintura es la tercera del centro, que está á la extrema izquierda. De ella recordamos entre los cuadros mas notables: La batalla de las Navas, del Sr. Van-

halen; un Mendigo, del Sr. Fierros; los Mártires, del Sr. Torres; Exposición de la bella Cenci, por Valles; un retrato pintado por Gisbert, y otros que no recordamos. También hay en esta sala algunos dibujos y litografías de mucho mérito.

Por el extremo de esta sala se pasa á la quinta de pinturas, que comprende ya el ángulo de la izquierda. En esta sala descuellan un cuadro del Sr. Rosales, que representa á Isabel la Católica haciendo testamento; otro que representa el acto de la Jura en Santa Gadea, del Sr. Hiraldez de Acosta; La duda de San Pedro, del Sr. Contreras; El Tasso al ser recibido por el prior y monjas del convento de San Onofre en Roma, del Sr. Maureta; La Crucifixión de los mártires del Japon, del Sr. Vera, y otros.

Después de esta sala hay las otras dos de pinturas, que son las últimas del lado izquierdo, iguales á las dos de las que en el lado derecho están destinadas á las obras de escultura. De estas salas recordamos sólo algunas obras de los Sres. Montesino, Gimeno, Patiño, Gimenez, Vega, Roca, Rodríguez y otros.

En la última de estas dos salas, á la izquierda, está la puerta de salida que dá al zaguán.

Esta es la reseña de la construcción del edificio y de la colocación de las obras. El edificio está construido de un modo conveniente, y por el decorado y por el acierto en la colocación de las obras puede felicitarse tanto al jurado como al Sr. Ponte y á los demás que han intervenido.

Se ha izado para la inauguración el pabellón nacional, y además las banderas de Francia y de Italia, para significar que hay en la exposición algunas obras ejecutadas en dichos dos países.

A las tres y media llegó la régia comitiva, á quienes tuvieron el honor de recibir á la misma puerta del edificio todos los señores que componen el jurado. El Sr. Infante D. Sebastián, los gobernadores militar y civil de Madrid, el capitán general de Castilla la Nueva, los ministros de la Gobernación y Gracia y Justicia, el patriarca de las Indias, el nuncio de Su Santidad y otros varios personajes importantes, entre los que vimos á todos los directores del ministerio de Fomento y á algunos de los de Gobernación.

S. M. la Reina llevaba un magnífico vestido de seda verde con adornos de encaje negro, un abrigo de terciopelo y sombrero. S. M. el Rey vestía de frac. La numerosísima concurrencia que había en los salones saludó respetuosamente á los reyes.

SS. MM. recorrieron todos los salones, deteniéndose á examinar las obras con el gusto de verdaderos inteligentes, y examinaron con alguna mas insistencia los cuadros del Sr. Gisbert, del Sr. Casado, del Sr. Hiraldez de Acosta, del Sr. Rosales y algunos otros de los que son reputados como de mas mérito.

Por esta revista y la parte no firmada del número:
GERONIMO FLORES.

EL ALCALDE DE ZALAMEA.

COMEDIA

DE D. PEDRO CALDERON DE LA BARCA,

REFUNDIDA

por D. Adelardo Lopez de Ayala.

II.

Armonizar la variedad con la unidad es el fin supremo del arte, según una teoría estética; y lo cierto es que el buen concierto de esos dos elementos es una de sus mas indispensables condiciones. Pero ¿hasta qué punto ha de absorber la unidad á la variedad?

¿hasta qué punto la variedad puede resistir á la absorción de la unidad? Ese es un problema que admite mil soluciones intermedias, y que en el teatro ha dado origen á diversas escuelas que no vamos á examinar, porque basta á nuestro propósito consignar que á consecuencia de esa distinta interpretación de la ley de la unidad, el teatro antiguo español estaba sujeto á diversas reglas de las que imperan en nuestra moderna escena.

Hemos pasado, en la cuestión de las *unidades dramáticas*, de la amplia libertad que disfrutaron los ingenios de nuestros siglos de oro, á la estrechez de la forma pseudo-clásica de la literatura francesa, para adoptar ahora una solución de *justo-medio* muy propia de nuestro siglo conciliador y prosaico. Hemos permitido que la acción dure mas de veinticuatro horas y que en cada entreacto pueda cambiarse la escena, y con ello creemos que hemos destruido la tiranía de los *preceptistas*.

Habría quizás quien piense que en el drama la unidad necesaria, la unidad del pensamiento capital, de la acción generadora, puede conservarse juntamente con la libertad mas amplia de la forma, quien recuerde que hay unidad en el *Macbeth* de Sakespeare y en *La vida es sueño* de Calderon, á pesar de que los personajes pasan continuamente de un sitio á otro, de que la marcha dramática se interrumpe á cada momento, de que los episodios se mezclan con el argumento principal; y aun acaso haya quien opine que esta amplitud de la forma dramática dá mas vida, mas verdad á la acción, haciendo servir á su desarrollo los múltiples elementos que forman las modernas sociedades.

Pero, sea de ello lo que fuere, es lo cierto que la libertad antigua parece viciosa licencia al público de nuestros días, y que hay que sujetar al lecho de Procusto de las reglas modernas las desenvueltas comedias de Lope y de Calderon, para que estén *presentables* en la escena.

Y esto es lo que ha tenido que hacer el señor Lopez Ayala con *El Alcalde de Zalamea*, cuyo argumento, aunque de los mas cenidos al asunto que en los dramas de aquellos tiempos encontramos, está desarrollado con esa libertad de acción que entonces se admitía y solía ser muy dramática y filosófica.

Figuraos que en la comedia de que hablamos aparece en escena un tropel de soldados, que cansados de la vida de camino, saludan con júbilo la torre de una villa que se ve á lo lejos y es la de Zalamea. Figuraos que tras esta escena vemos á la soldadesca trepar en busca de alojamiento por las calles del pueblo y que aparece ya tras las rejas la imagen pura de la niña cuya desgracia se presiente desde el primer instante. Figuraos que por fin penetramos con la boleta del capitán D. Alvaro de Ataide en el modesto hogar de Pedro Crespo y de su hija Isabel: ¿no os parece que esta progresión es altamente dramática y que va promoviendo por grados el movimiento de la fábula y excitando el interés del espectador?

Ayala ha tenido que suprimir estas pintorescas escenas de preparación, para introducirnos desde luego en el fondo del asunto y en el interior de la casa del honrado vecino de Zalamea; pero lo mismo en ésta, que en las demás supresiones que ha tenido que hacer, si ha perdido el drama algo de su movimiento y variedad, ha quedado incólume el interés del asunto. Este trabajo de concentración ha sido también en ocasiones altamente conveniente para la belleza estética de la obra.

Cuando el capitán Ataide, convertido en una fogosa pasión por las contrariedades, hábilmente dispuestas, el capricho que había sentido por la bella Isabel, verifica el violento rapto de la doncella y á su apetito la sacrifica en un bosque, Calderon obedeciendo á las exigencias de nuestro teatro antiguo que quería que el espectador lo viese todo, nos lleva al

funesto bosque y nos hace presenciar el rapto, y la fuga de los violadores y la riña del raptor con el hermano de Isabel, y nos hace oír las interminables quejas de esta pobre víctima en tan crítica y dolorosa ocasión.

En situaciones como la presente damos la razón al arte clásico contra el arte romántico: lo horroroso y lo repugnante no debe verlo directamente el público; es mejor que se lo cuenten, como Ayala hace que le cuente Isabel á su padre las escenas del bosque, situación interesante por lo delicada y comprometida, y de la que sale muy bien Ayala, utilizando con suma discreción los mejores rasgos del original, y añadiendo otros tan bellos como los de estos versos:

Largo tiempo resonaron
Allí con voces distintas
Ternezas y vituperios,
Maldiciones y caricias.
Solo en mí la voluntad,
Señor, no quedó rendida
Que en esto el cielo piadoso
Me sacó de tanta ruina
Sin que la afrenta del cuerpo
Al alma fuese estensiva.

Por lo demás, Ayala ha conservado en su refundición no solo los mismos caracteres de la obra de Calderón, caracteres diseñados energicamente y tan llenos de verdad y de vida que parece que los encontramos en el mundo de la realidad y no en el de las personificaciones dramáticas, sino el mismo pulcro, discreto, armonioso y juguetón lenguaje, corrigiendo con parca mano los gongorismos que de vez en cuando lo falsean, y hasta ese sello de naturalidad inesplicable que es la contraseña más segura de las obras del genio. Juan Crespo, el labriego rico y honrado, pundonoroso y discreto, convertido después en alcalde altivo é independiente, que hace ahorcar al capitán raptor, mantiene sus fueros contra los cañones de D. Lope Figueroa, y responde leal pero energicamente al mismo Felipe II, es un carácter hecho de una pieza, lo mismo que los demás del drama, el capitán seductor y terco en sus caprichos, la doncella obediente y temerosa de Dios y de su padre, el general malhumorado y caballero, hasta el sargento embustero y tramposo y la cantinera desenfadada y atrevida. Todos estos personajes están arrancados al mundo real, y Ayala ha podido evocarlos y traerlos á la escena después de cerca de tres siglos, sin que se advierta en ellos ningún arcaísmo, sin que huelan á rancio, sino por lo contrario palpitantes de vida como el primer día que salieron de la privilegiada mente de Calderón.

Vamos á terminar lamentando que la necesidad de apretar las mallas de la fábula haya obligado á Ayala á suprimir dos personajes episódicos, que si bien pudieran haber parecido demasiado grotescos á nuestro público, encierran una intención satírica que completa el cuadro de la época que se propuso darnos Calderón. Un hidalgo, tan repleto de presunción como vacío de dinero, con su hambriento y decidido escudero, rondan en el drama primitivo las rejas de Isabel, paseando su fastuosa miseria que cubre el buen hidalgo con la más ridícula de las variedades. El pobre es víctima del desden de la doncella y de las burlas de la soldadesca, y representa la degenerada nobleza española cuyos pergaminos habían perdido todo su valor ante la espada de los soldados de las grandes guerras del siglo XVI. Confesamos, sin embargo, que este incidente episódico tiene más valor para la crítica histórica que para la literaria, y que de otro modo no lo hubiera sacrificado un refundidor tan inteligente como el Sr. López de Ayala, á quien debe agradecer el teatro moderno español la restauración de una obra tan bella como *El Alcalde de Zalamea*.

TEODORO LLORENTE.

LA CATARATA DEL NIÁGARA (1).

Está formada por el Río Niágara, que sale del río Erié y desagua en el lago Ontario, siendo su altura perpendicular de ciento cuarenta y cuatro pies. Desde el lago Erié hasta el salto, el río corre declinando por una rápida pendiente; pero cuando cae, no parece río, sino un mar, cuyos torrentes se agolpan en la anchurosa boca de un abismo. La catarata se divide en dos brazos, formando una especie de herradura. Entre las dos cascadas se forma una isla cavada por debajo, que nada con todos sus árboles sobre la confusión de las ondas. La masa del río que se precipita al Mediodía, se envuelve en un vasto cilindro, y estendiéndose después en cascada de nieve, brilla al resplandor del sol con todos los colores. La del Levante baja cubierta de una sombra espantosa, y parece una columna de agua del diluvio, sobre el abismo se forman y cruzan mil iris: las aguas hieren el peñasco estremecido, saltan en torbellinos de espuma, y se levantan por encima de los bosques, como el humo de un vasto incendio. La escena está adornada de pinos, de nogales silvestres y de rocas cortadas en forma de fantasmas. Las águilas arrebatadas por la corriente del viento, descienden dando vueltas al fondo del abismo, y los carcajos se suspenden con sus largas colas de la punta de una rama baja, para cojer en el abismo los destrozados cadáveres de los dantas y de los osos.

La proximidad á la catarata se anuncia con un terrible é imponente estruendo.

EL ARTE.

IV.

Las bellas artes son en el gran libro de la humanidad una de sus más instructivas páginas, pues en ellas ha traducido la inteligencia toda la armonía de su genio. Páginas escritas con la nota del quejido y con el eco del recuerdo, é impregnadas de ese tinte poético que abre al alma mundos llenos de esperanza y fe. Roma, hemos dicho era la bastardeada idea que envolvía en sus copiados pliegues el materializado paganismo que espiraba sonriendo, con la copa del placer en los labios y el hastío de la indiferencia en el corazón. Los poetas y los escultores del pueblo vencido en Trasimeno y Lannas, animados siempre por el ideal pagano que dirigió sus cinceles y sus voluptuosas liras, no supieron más que reproducir las creencias en aquellas seductoras ninfas que detenían la pausada corriente del manso riachuelo y el melancólico gemir de los bosques, ó bien aquellos lugares sombríos, envueltos en negras nubes y entre fatídicas sombras, que revelaban la idea de eternidad que en la mente del hombre se une á la de muerte como se une la tierna flor al delicado tallo que la sostiene. Las sencillas y tiernas afecciones, el cariño casto, el sentimiento puro que eleva en una lágrima todo el perfume santo de nuestra vida, no fue interpretado por este pueblo antes guerrero que científico, y legista que poeta.

Roma, históricamente considerada, es el postrer suspiro de un mundo que se apaga, el primer vagido de otro que comienza; el paganismo se hunde, acobardado por su recuerdo, dejando caer de su frente la corona del arte que recoge el genio cristiano, que abrasado en aquella luz que irradió serena sobre el Gólgota para iluminar la fe de cien generaciones, levanta el espíritu de la plática y ofrece á la

vida la aspiración de lo infinito. El hombre no vive ya encadenado á la tradición, bebe la inspiración en la fuente sublime del progreso, entrando en el vasis de la belleza que prepara una nueva era de armonía. El alma sensible como arpa aérea suena al menor soplo, y el canto, despejándose de su guerrero y pagano traje adquiere esa dulzura que idealiza á la lira cristiana, pura como el aliento de esos ángeles que flotan sobre las cabezas de sus vírgenes.

El paganismo muere, sus dioses se van, se apaga su literatura, y decaen las demás bellas artes; pero el arte no muere. En los grandes cataclismos, á la caída de una civilización, en la ruina de seculares instituciones, hay siempre algo que se escapa á la total destrucción. Y este algo es el espíritu.

El espíritu no apaga nunca la luz que despide la nueva idea.

La arquitectura del pueblo-rey fue tan pagana que ni la Roma cristiana ha podido borrar sus huellas, el reflejo de aquel arte que copió en los pórticos de Grecia. Así es que el arquitecto cristiano al detenerse ante los derruidos muros del Capitolio ha inclinado su cabeza, y sin atreverse á tocar aquellos monumentos, ha colocado la cruz santa de nuestra redención entre las pilastras del templo de Jano, y á lo largo de aquel circo cuya arena aun está enrojecida con la sangre de los que salían de las catacumbas para entonar una plegaria y morir mártires de sus creencias. Y era natural y lógico que así sucediera; aquella religión era material, y al pedir su expresión á las artes no podía pedir más que la expresión de la naturaleza por la naturaleza; la arquitectura y la estatuaría, artes que desarrollan y funden la idea en la piedra, eran por su manera de ser las destinadas á crecer, brillar y agigantarse en el seno de aquella sociedad material, esencialmente pagana y amante de la forma como que en ella encerraba casi el secreto de su vida.

Este pueblo, idólatra de las pasiones, necesitaba que la estatuaría le regalase Venus impuras de tinte suave en las formas, y de voluptuoso encanto en el conjunto. Arte que podía elevar pero que no hacía sentir. La arquitectura y la estatuaría son las artes que traducen mejor su genio porque se encarnan en la idea religiosa, idea múltiple y que refleja los diversos tipos de belleza y de fuerza. Austeras y lentas en sus medios quedaron vencedoras en la manera de expresar la belleza de la forma material, pero su triunfo fue bien efímero; la nueva luz al iluminar el lienzo encontró toda la belleza ideal que buscaba. Verdad es que las primeras vagas y dulces armonías de Murillo, que con su imaginación abarcó el cielo y la tierra, quedaron casi nuestras en el pincel de Apelles, que las estatuas de Júpiter Tonante no permiten ver las gigantescas creaciones de este gran pintor; pero al venir á la vida nuevas generaciones y nuevas ideas, aquellos lienzos que embellecen los Partenones reaparecen para anunciar el principio de un mundo nuevo, de una nueva civilización, de un nuevo arte. El paganismo muere, y al morir apaga la vida de la estatuaría. El cristianismo al dejar caer sus trémulos rayos sobre las columnatas del foro y sobre los arcos del coliseo, proporciona al arte otro ideal y otra senda en la que encuentra tipos nuevos y más puras imágenes. Roma, volvemos á repetir, había deificado su orgullo; de su historia había hecho una religión cuyos cánticos eran los gritos de guerra de sus vengadoras legiones. El pueblo-rey amó todo por costumbre, por necesidad fingió toda clase de creencias; la fe fue entre ellos una idea, idea que preocupó su imaginación y que realizó en el dominio que llegó á tener sobre el mundo conocido. Y un pueblo que era material por necesidad y artista por imitación, tenía que agigantar, que ser grande y suntuoso en sus

(1). Viaje á América por el Vizconde Chateaubriand.

edificios. Pero si fue grande en sus obras como no lo demuestran esos acueductos, restos vivos de su pasada grandeza muerta, y esas huecas cúpulas que intentaron tocar al cielo invadiendo el azul del espacio, no lo fue al crear, pues su arte no llega ni pasa de ser una pobre rapsodia. La ambición de mas lejanas conquistas le impidió tradujese las divinas armonías de las artes mas espiritualistas, se contentó solo en leer los mas enérgicos caracteres y en copiar aquellas montañas de granito que le asombraron en la India.

La historia de su arte no será ni puede ser para el pintor y el poeta fuente fecunda de inspiración, porque no elevando al hombre al cielo, ni supo encarnar lo divino en su ser, ni la belleza en su imaginación. El sensualismo, base de su arquitectura, llegó á corromper aquel carácter tan viril en sus primeros dias. Los Ovidios y los Mecenas se sienten invadidos del general contagio, y trasladan reflejando en sus versos el servilismo de aquel pueblo que corre con sus vicios á ser juguete de guardias pretorianas y de imbeciles y déspotas emperadores.

Si severas, místicas y sencillas habian aparecido y vivido las bellas artes en Oriente y Grecia, en Roma se corrompieron y se bastardearon perdiendo su primitiva robustez y su encantadora sencillez. Roma al entregarse al lujo perdió el brillo de su inteligencia, y eclipsada, sus nubes envolvieron tambien á las bellas artes que cayeron para morir un dia entre los escombros del Panteon que habia congregado en su recinto á todas las religiones y á todas las civilizaciones. Pero doquiera se levanta una idea poderosa nacida de una necesidad del espíritu, allí revive todo lo que tiene razon de ser; las bellas artes surgen de nuevo, si bien la belleza corporal, recojida y esclava de la del alma, se lanza á las regiones de lo infinito para no volver ya mas los ojos á la materia.

Con el cristianismo principia la era de redención de las bellas artes.

ANGELINO ESTELLER.



DOMINIO DE LA VIRTUD.

I.

La tormenta.

Es una noche lluviosa,
Y un pobre mendigo vá
Con un báculo en la mano
Huyendo la tempestad.
Azota el agua su rostro
Y comienza á granizar;
Por lo que el paso acelera
Aunque muy lejos está
De la humilde y triste choza
En donde le esperan ya
Sus hijos, y una muger,
Cual él, de avanzada edad.
Arde una paca de paja
En aquel oscuro hogar,
Y á su resplandor opaco
Los pobres niños están;
Es Noche-Buena, en que goza
Todo inocente rapáz
Y todo el que un alma tenga
Religiosa é inmortal.

La madre, lejos del fuego
Dá vueltas acá y allá,
Y humilde y escasa cena
Se entretiene en preparar,
Mientras los hijos la miran

Ansiando que llegue ya
La hora en que su anciano padre
Regrese de la ciudad.
Entre ellos hay una nieta,
Niña de belleza tal,
Que son sus ojos luceros
Y es linda como sagaz.
Perdió sus padres y vino
La triste prole á aumentar,
De aquellos tristes ancianos
Partiendo el escaso pan.
—¿Tardará abuelo? pregunta
Con voz dulce, angelical;
Y á la puerta de la choza
Intranquila viene y vá.
—¡Estate quieta, Dolores,
Que te vas á resfriar!
Dice la anciana, y la abriga
Con el roto delantal.
—Es que abuelo tarda mucho
Y estoy llena de ansiedad,
Y me dá un horrible miedo
Ese terrible huracán.
¡Jesus! parece abuelita
Que el mundo se vá á acabar.
¡Oh...! ¿no habeis visto un relámpago
Allí... por la puerta entrar?...
¡Tapa! tapa mi cabeza
Que yo no le mire mas!...

¡Qué miedo!... ¡Virgen Santísima!
¡Virgen santa del Pilar!...
¡Madre mia del Socorro!...
¡Virgen de la Soledad!...
¡Valgánnos todos los santos
De la corte celestial!...
—Y la niña murmuraba
Oraciones sin cesar
Y en el seno de su abuela
Se estrechaba con afán.
—¡Cierra esa puerta corriendo!
Dijo la anciana á un zagal,
Que en un rincón recostado
Medio dormitando está.
¡Cierra! ¿no ves un torrente
Que á cubrir la choza vá?
¿Ya se ha desbordado el Beiro!!
¡Ay virgen santa del Mar!
¡Madre del niño precioso
Que esta noche nacerá!
¡Salvad! ¡salvad, Madre mia,
A mi anciano y pobre Juan!
—¡Ay abuelita del alma!
Que abuelito se vá á ahogar,
Y ya no tendremos nadie
Que nos busque lumbre y pan!
¿Ois como el agua empuja
Queriendo á la fuerza entrar?
¡Atráncala bien Vicente,
Que el suelo se vá á inundar.
¡Abuela!... ¡ya no veremos
A nuestro abuelito mas!...
¿Qué le ofreceré á la Virgen
Por qué nos le traiga acá!
Yo ofrezco, Virgen María,
Todo el cabello cortar
Y quedarme tan pelada
Como Vicente el zagal.
¿Verdad que hago bien, abuela?
Pues quiero ofrecer aun mas:
Iré descalza á Moelin
Con abuelito; ¿verdad?
Y á aquel señor tan hermoso
De los milagros sin par,
Le llevaré mucho aceite
Y cera en gran cantidad.
¡Ay!... ¡si no tengo dinero!...
Tú, abuela me lo darás,
Vendiendo los pocos trastos
Que hay en este triste hogar.
¿Querrás hacerlo, abuelita?
¡Di que sí!... ¡no tardes ya!...
Mira que Dios, si te niegas
Se vá contigo á enojar.
¡Abuela!... ¿no me respondes?
¿No me escuchas?... ¿qué te dá?...
¡Venid! ¡venid que se muere!
¡Abuela no puede hablar!...
—Con efecto, aquella anciana
Reprimiendo su ansiedad,
Casi estaba sin sentido,
Presa de un dolor mortal.
Los truenos se sucedían,
Granizaba sin cesar,
Y aun tambien cayeron piedras
Aquella noche de afán.

Noche oscura como el cuervo,
Noche terrible y fatal,
Que dejó en Andalucía
Mil recuerdos de pesar.
De nada sirvió la puerta
Tener cerrada, un volcán
De viento y terrible frío
Luchaba con ella audáz.
Cayó al suelo y un torrente
Abierta la dejó en par,
Representando la escena
Del diluvio universal.
—¡Abuela! dijo la niña:—
Todos nos vamos á ahogar;
Hagamos un agujero
Por esa pared de allá.
—La abuela abriendo los ojos
Vió el peligro y con afán,
Cogió la niña en sus brazos
En su febril ansiedad.
Al mismo tiempo unos gritos
De aliento que se vá á ahogar
Se escucharon de... ¡socorro!
¡Socorro!... ¡no puedo más!
—¡Madre mia! ¡ese es abuelo!...
¡Se está ahogando!... ¡ven acá!...
¡Abuelo!... ¡estamos aquí!...
La niña empezó á gritar.
Mas como un rayo de breye
Lanzóse al agua el zagal,
Y luchando y reluchando.
Se perdió en la oscuridad.

Nada se escuchó despues
Sino el aire y el tronar,
Y aquella pobre familia
Agrupados, sin chistar,
Sobre una mesa subidos
Se libraban del raudal.
El agua apagó la lumbre,
Y en tiniebla soledad
Murmuraban oraciones,
De los truenos al compás.

II.

No hay accion sin recompensa.

—¿Duerme abuelito?—Sí, niña.
—¡Dejad que bese su frente!
—¡No, alma mia! estate quieta:
Ni le toques ni le beses.
Sosiega, niña del alma,
Por Dios que no le despiertes,
Ya que un milagro supremo
Le ha salvado solamente.
—¡Sí, abuelita, ya lo sé!...
Pues bien, aquí ya me tienes
Armada de las tijeras...
¿Entiendes, abuela, entiendes?
¿Que es eso?... ¡la tema sigue?
¿Aun todavía no quieres?
¡Di! ¿qué valen, pues, mis rizos
Si abuelito vive y duerme?
¿Qué firme que fue el zagal
Y que arrojado y que fuerte!
¿Cómo arrastró á nuestro abuelo
Luchando con el torrente!
Si alguna vez yo soy rica,
(Porque Dios todo lo puede)
Le he de dar por esa accion
Cuanto dinero quisiera.
Pero... ¡corta mis cabellos!...
Ya veo que tú no quieres,
Mas tus promesas, abuela,
Son deudas que gritan siempre.

La niña se fue á un rincón,
Por primera vez rebelde,
Y fue cortando sus rizos
Como el que siega las mieses.
Despues un cordon formando
Con sus manitas de nieve
Lo llevó á su pobre abuelo
Con el rostro audáz y alegre.
E hincándose de rodillas
Para ofrecer el presente,
Se vió brillar el rubor
Sobre sus límpidas sienes.
La abuela lanzó un suspiro
Y entre caricias ardientes
Besó con grande entusiasmo
La niña, cien y cien veces.
—Un apuesto caballero,
El Marqués de Monte-alegre,

Que yendo de cacería
 Buscaba un sitio aparente
 Para evitar le abrasasen
 Del sol los rayos ardientes;
 Hace momentos que entraba
 En tan escondido albergue,
 Y al oír la hermosa niña
 Y una escena tan solemne,
 Se quedó petrificado
 Ante aquella buena gente.
 —¡Ay!... ¡bien dicen! exclamó:
 Huye del fausto y los bienes
 Y busca, pues, la virtud
 Entre los humildes sésres!...
 ¿Quién es, señora, esta niña?
 —Vuesa merced verlo puede
 En la acción que ha presenciado
 Y que el alma me entenece.
 Es una santa, señor,
 Que en mis brazos se guarece
 De horfandad triste y oscura
 Y miserias solamente.
 Soy su abuela, mas no tengo
 Con que mantenerla á veces,
 Mas ella nunca se queja
 De esta existencia de muerte.
 Siempre que puede, su pan
 A otros mas pobres ofrece,
 Y se queda sonriendo
 Cual si falta no le hiciese.
 Por estas cosas, señor,
 La he reñido muchas veces,
 Siendo injusta, cuando ella
 Soportaba así su suerte.
 —No reñidla mas, señora;
 Desde hoy esta niña tiene
 Una pension para dar
 Y otra para que le quede.
 Muchas veces mis riquezas
 Gasté con impuros sésres;
 Justo será que esta niña
 Por sus virtudes yo premie.
 Gasté y no me agradecieron
 Y era todo poco siempre;
 Pues no busqué la desgracia
 Sino los necios placeres.
 Ya no es huérfana esta niña;
 Angel del alma ¿lo entiendes?
 —Sí, señor, por eso lloro
 Y me postro reverente.
 Dejádme, sí, de rodillas,
 Dejád vuestras plantas bese.
 Merced á vos, llevaré
 A Jesus cera y aceite.
 Hice anoche una promesa
 Y lloraba amargamente,
 Viendo que jamás podría
 Cumplir mis votos fervientes.
 —Pues vé mañana á el altar
 Y lleva al señor tus preces,
 Y una túnica bordada
 Y cuanto quieras ofrécele
 Y á la Virgen que es la madre
 De los niños inocentes,
 Tú la llevarás un manto
 Cuando otra navidad llegue.
 Y desde hoy la religion,
 Ese faro del que siente,
 Y la caridad cristiana,
 Será mi encanto celeste.

...
 ¡Cuánto vale el sano ejemplo!
 ¡Cómo domina y convierte
 Aun á aquellos mas llevados
 De los mundanos deleites!....

ROGELIA LEON.

LA HIJA DEL CORONEL DESPARD.

NOVELA ORIGINAL

POR

D. ALEJANDRO BUCHACA Y FREIRE.

(Conclusion.)

Elena escuchaba con los ojos bajos y sus mejillas parecían estar difuminadas con un subido carmin.

—Yo os doy las gracias, contestó Monsiur Miró, por vuestro consentimiento, el cual, des-

de ahora, me proporciona una gran alegría y me hace entrever muy cercana mi felicidad. Yo os juro que consagraré toda mi vida en defender á mi patria y en hacer la dicha de vuestra sobrina.

Entonces Monsiur Lannes llevado de un gran entusiasmo de ver el buen carácter de las personas con quienes iba á emparentar su protegido, interrumpió diciendo:—Me place en extremo que mi amigo, á quien he visto brillar muchas veces en los campos de batalla, dé la mano á la hija de un hombre que perdió la vida por defender la igualdad de los derechos de su pueblo. Mi amigo como oficial de la legion de honor ha jurado el concurrir con todas sus fuerzas contra el restablecimiento del régimen feudal ó de los títulos y cualidades que le eran propios.

Y vos, jóven Elena, vais á pertenecer á una nacion de gloria; olvidad á vuestra patria natal la Bretaña; que se quede en manos de esos mercaderes, que ellos la envilecerán hasta tal punto, que será mirada con prevencion por todas las naciones del mundo.

Dentro de tres meses tendrá lugar en París la consagracion de nuestro emperador, de quien se espera la libertad de toda Europa. Por ese tiempo y en aquellos dias de fiesta y solemnidad podreis mejor, si así os place, firmar el contrato y celebrar pomposamente vuestra boda.

—Muy bien, gran oficial, contestó Madame Duran, soy del mismo parecer y así tendremos tiempo para arreglar nuestras cosas.

A Monsiur Duran y á el jóven capitán tambien les pareció bien esta idea y dejaron aplazado el casamiento para los dias de dicha fiesta.

Madame Duran, ansiosa de que su sobrina luciera en la boda, se apresuró á proveerla de un rico ajuar, comprándola muchos y muy buenos vestidos y ropa blanca, esmerándose particularmente en que todo fuera de última moda. Blondas de Bruselas, rasos, terciopelos, batistas inglesas, todo escogido de entre lo mejor que se encontraba en París.

No era menos el entusiasmo de Monsiur Duran en favor de Elena. La casa que habitaban era bastante grande y queriendo que la jóven no se separara de ellos, dispuso arreglar una habitacion para que la ocupara Elena despues de casada. La hizo decorar admirablemente y la amuebló con magníficos espejos de Bohemia, sofás y sillones dorados, cortinajes de seda y magníficas alfombras.

Compró una vagilla de plata, un precioso aderezo de diamantes negros, un collar de perlas, una sortija de brillantes y un reloj con cadena de oro.

El jóven oficial, con arreglo á sus haberes, compró un aderezo de diamantes con esmeraldas, mandó hacer su retrato en miniatura y se lo regaló á Elena orlado con un marco de oro.

Sergent Best y su esposa á quienes participaron el proyectado enlace, la mandaron desde Lóndres un aderezo de corales engastados en oro, dos cajas de pañuelos de hilo de Escocia y un juego de tazas de porcelana inglesa para tomar café.

Tambien Monsiur Dannes quiso manifestarla su aprecio regalándola un precioso estuche de señora con piezas de oro.

Otros amigos la hicieron varios regalos de menor consideracion pero todos de esquisito gusto y esmerado trabajo.

Concluido de arreglar el ajuar y dispuestas las habitaciones, en 30 de Noviembre de 1804, tres dias antes de la consagracion del emperador, se firmaron los contratos y Elena dió su mano á un jóven digno de ella y que merecia el aprecio de cuantos le trataban.

Parecia que en aquellos dias la Francia, con motivo de las fiestas imperiales, obedecia á una fuerza interior de regocijo que la daba

un movimiento y alegría inesplicables. París estaba lleno de forasteros que acudian de todas partes deseosos de ver la ceremonia de la consagracion; en los *hotels* y casas de huéspedes apenas cabia la gente; por las calles y plazas se veia una inmensa concurrencia.

El estampido del cañon anunció al amanecer del domingo 2 de Diciembre la solemnidad de la coronacion, y no cesó de hacer disparos en todo el dia. Las diputaciones, cuerpos, autoridades, diplomacia, el Pontífice y su comitiva se fueron sucesivamente trasladando á la catedral en las horas que se les habia indicado. A las diez salieron el Emperador y la Emperatriz de las Tullerías en una carroza tirada por ocho caballos; seguían al carruaje de SS. MM. veintitres carruages mas, los cuales eran ocupados por los príncipes José y Luis; y por los dignatarios, grandes oficiales, ministros y empleados de la servidumbre imperial; un numeroso estado mayor, la guardia y otros cuerpos de preferencia formaban la escolta. El Emperador y la Emperatriz se apearon en el palacio del arzobispo y el primero vistió los ornamentos imperiales, y llevando en sus manos el cetro y en su frente la corona, se dirigió con la Emperatriz á la iglesia. Verificadas las sagradas ceremonias, en el mismo templo el presidente del senado acompañado de los cuerpos legislativo y tribunate le presentó la fórmula del juramento constitucional. El Emperador sentado, puesta la corona y tocando con la diestra el libro de los Santos Evangelios, lo pronunció. El primer rey de armas dijo en seguida con voz alta y firme: «¡El muy glorioso y muy augusto Emperador Napoleon, Emperador de los franceses, está ya coronado y entronizado!» El concurso contestó con entusiasmas vivas al Emperador. Una descarga general de artillería anunció este suceso al pueblo. El Papa entonó el *Te Deum*: los imperiales consortes regresaron al palacio arzobispal, y de allí juntamente con el Pontífice se dirigieron á las Tullerías en el mismo orden, solo que ya faltaba la luz del sol, y tuvieron que iluminar el tránsito con quinientas luces.

Los dias siguientes se pasaron entre fiestas, revistas, paradas y distribucion de águilas á los diversos cuerpos del ejército y exceptuando el dia de la consagracion en ninguno de los demás hizo un tiempo favorable á estas demostraciones públicas.

Despues de verificadas todas las fiestas imperiales Monsiur Duran quiso presentar á la sociedad á los nuevos esposos, Eduardo Miró y Elena Despard. Dispuso para el efecto un gran *soiré* invitando á varios individuos de la legion de honor, los cuales aceptaron gustosos el convite. Todos los grandes oficiales, comandantes y oficiales subalternos de la cohorte á que pertenecia el esposo de Elena, concurrieron á la reunion llevando cada uno á las señoras de su familia elegantemente vestidas: el salon estaba profusamente iluminado y los muchos espejos que habia duplicaban en todas direcciones los objetos, de manera que parecia aquella estancia inmensamente mayor y mas concurrida. Los jóvenes esposos se presentaron en el salon cogidos del brazo y un parabien general salió de los lábios de la concurrencia; en todos los semblantes se manifestaba el júbilo que sentían de verles felices y unidos. Elena estaba encantadora y sus gracias resaltaban admirablemente; vestía un traje de seda blanco con blondas del mismo color, bastante escotado y manga corta; guantes largos de piel muy fina; un aderezo de brillantes destacaba sobre sus rubios cabellos y su blanco cutis, haciéndola las mas bella de cuantas jóvenes se encontraban en la reunion.

Los nuevos consortes dirigian jovialmente la palabra á cuantos encontraban al paso. Madame Duran, su esposo y Monsiur Dannes estaban llenos de contento y se envanecían

al contemplarlos tan amables y juiciosos.

Terminado el baile pasaron los concurrentes á otro salon en que habia preparado un *ambigú* de esquisitos manjares y bebidas: todos comieron y brindaron por los reciencasados, y estos contestaron con un brindis dándoles las gracias. Concluida la cena fueron poco á poco despidiéndose los convidados llenándoles de enhorabuenas y ofreciéndoles su amistad y respetos.

Y Elena, aquella jóven que habia sufrido tantas amarguras allá en su país la Bretaña, halló en la Francia una nueva patria y un esposo que haciéndola feliz en sus brazos la recompensó de sus desgracias y sembró de flores el sendero de su vida. Porque Dios nunca deja sin recompensa á los que le invocan en sus padecimientos y sufren con resignacion las penas que para mas purificarles les envia.

FIN DE LA NOVELA.



RETRATOS DE UNA DE LAS PRINCIPALES FAMILIAS DE MAKAO.

MÁXIMAS MORALES

autógrafas de los contemporáneos mas eminentes en ciencias, literatura y política, reproducidas de los manuscritos originales, publicadas por D. Carlos Frontaura.

Uno de los primeros servicios que rendirá á las letras la reciente aplicacion de la fotografía á la imprenta será el reproducir los autógrafos con una igualdad fiel y desconocida hasta el dia. Esta empresa, se propone rendir un doble homenaje á las letras y á la indicada invencion, publicando con extraordinario lujo un volumen que encierre cien páginas de *máximas morales* manuscritas y firmadas por otros tantos escritores españoles de grande y merecida reputacion, obra que de seguro será recibida con justo aprecio.

La importancia de esta obra ha sido reconocida por las personas mas distinguidas de España, y ya obran en poder del Sr. Frontaura para publicarlas inmediatamente sábias, profundas, dulcísimas y consoladoras *máximas morales*, escritas por los Sres. D. Pedro José Pidal (1), Marqués de Molins, D. Juan Eugenio Hartzenbusch, D. Manuel Seijas Lozano, D. Manuel Cortina, D. Cándido Nocedal, D. Serafin Estébanez Calderon, Don Antonio Ros de Olano, D. Pedro Mata, Don Alfredo Adolfo Camus, D. Ramon Campoamor, y otros muchos afamados escritores.

Esta obra constará de siete entregas de 16 páginas cada una, de papel vitela, y cada

(1) Este ilustre y respetable hombre público ha escrito para este libro una página, á pesar del doloroso estado en que se halla, á causa de su larga enfermedad.

BIBLIOGRAFÍA.

Gracias á la amabilidad de nuestro querido amigo y colaborador el erudito escritor Don Baltasar Peon, redactor de la *Gaceta de Madrid*, hemos tenido la satisfaccion de ver una de esas obras dignas por todos conceptos del crédito que disfruta dicho jóven autor entre los literatos y hombres estudiosos de España y el extranjero.

En la *Cronología universal*, que es la obra á que aludimos, no sabemos qué debe admirarse más, si el buen método con que está escrita, ó el inmenso cúmulo de datos, muchos de ellos desconocidos, que sus páginas encierran. La *Cronología* del Sr. Peon, está dividida en dos partes: en la primera se trata de la cronología en general, de sus fuentes, de su historia y de su certeza: en la segunda se habla estensamente de la cronología técnica ó científica, de la idea y divisio-

nes del tiempo, de los dias y su medicion, de los meses, de los años, de las semanas, de las estaciones, de los ciclos, de las eras, del calendario egipcio, del hebreo, del árabe, del romano, del eclesiástico, del perpétuo y del de la república francesa. La *Cronología* del Sr. Peon contiene además unos curiosos cuadros sincrónicos ó tablas de correspondencia entre los cielos y eras principales y la era vulgar. Esta obra, que ha costado al señor Peon algunos años de trabajo, le hace indudablemente acreedor á figurar entre los historiadores mas distinguidos.

Felicitemos cordialmente á nuestro amigo, y aunque comprendemos los largos ratos de incesante trabajo que debe haberle costado tan interesante obra, deseamos verle continuar el camino que ha de conducirle á adquirir un nuevo título digno de los profundos conocimientos que tiene, mereciendo una vez mas los lisonjeros plácemes de cuantos cultivan las ciencias y la literatura.

página, como queda dicho, contendrá un autógrafo. La obra estará terminada en breve plazo, y la 1.^a entrega se publicará en Diciembre.

A pesar de los grandes gastos de esta publicacion, cada entrega costará solamente 4 rs. en Madrid y provincias.

Vista la importancia de esta publicacion, la primera en su género, nos parece escusado recomendarla á nuestros lectores.

La primera entrega estará de manifiesto en nuestra Redaccion en cuanto se publique, y en la misma se admiten suscripciones.

EL MUSEO LITERARIO.

IMPORTANTE.

Con este número termina el mes de suscripcion y el tomo primero del *Museo* comprendiendo éste las épocas primera y segunda.

El domingo próximo *regalaremos* á nuestros constantes favorecedores el frontis de esta segunda época con el índice y las láminas alusivas á Navidad.

El tomo segundo dará principio en Enero próximo introduciendo varias mejoras en la publicacion, como prueba evidente de nuestros constantes deseos de que sea el *Museo Literario* la primera publicacion de España.

Esperamos que el público corres-

ponderá como hasta aquí á nuestros deseos.

La tirada de ejemplares será mas numerosa y de este modo podremos dar cumplimiento á los muchos pedidos que de la Península y de Ultramar nos han hecho.

Contamos con buenos dibujantes en todas las provincias de España, del Extranjero y América para que nos remitan dibujos de los sucesos que ocurran y que sean dignos de figurar en nuestro semanario, pudiendo por este medio darlas á la estampa.

REGALO A LOS SUSCRITORES.

A mas del número de Navidad que les remitimos gratis, regalaremos una coleccion de vistas de la inundacion de Alcira á los que abonen el importe de un año de suscripcion, en los dos primeros meses del año entrante.

El precio de la coleccion de vistas es el de 20 reales para los demás suscritores del *Museo* y 24 para los que no lo sean.

PROPIETARIO D. G. F.

Editor responsable: D. Manuel Alufre.

Imprenta de José Ries, plaza de San Jorge, 3.